LA MUJER DE LA CICATRIZ EN LA CARA

A Antonio Martínez Menchén
y a Andrés Sorel.

La veo por primera vez en la vida, entre este raro temblor incesante del suelo y la luz, que retuerce las cosas hasta borrarlas del mundo. Descubro la perturbada simetría de su cara. Pero no es sólo el insoportable temblor lo que rompe su rostro. Ocurre además que la mujer tiene en la mejilla izquierda una gran cicatriz que me parece hecha por el tajo de un cuchillo recién tallado.

No me importa en absoluto la honda marca rojiza cruzándole ese lado del rostro de parte a parte. Apenas me inquieta. No hay nada extraño ni terrible en esa marca. Ni descubro contradicción alguna entre el aspecto magnífico de la mujer y la cicatriz misma. Desde luego nunca antes había yo visto a esta mujer. Es imposible olvidarse de un encuentro así. No sólo la roja cicatriz, sino esa personalidad tan lejana, como de otras regiones. Sé que, ahora—entre el temblor—hay otros hombres y mujeres. Distingo los pequeños saltos y movimientos de aves de sus cabezas. Avanzo hasta aplastarme un instante contra el cuerpo alto, esbelto, erguido, de la mujer. Pero no se conmueve ella en absoluto bajo el golpe seco de mi sexo y mi vientre a través de las ropas. Me aparto. No parece posible estar soñando un mundo como el que entreveo al otro lado del hielo endurecido: secos y pelados altos troncos de árboles con brillantes diminutos soles ahorcados arriba, mientras continúa el temblor de la tierra. Voy embriagado, pero sin miedo. Sigo entre esta masa templada de cuerpos, brazos y piernas de gentes erguidas y serias. Miro en los reflejos interiores del cristal de hielo, trozos, fragmentos poco concretos, pedazos sangrantes, que a veces se integran hasta fundirse en otra mujer igual a la que está silenciosa y palpitante a mi lado.

Es ella lo único que me importa. No me inquieta verdaderamente el mundo que estoy soñando al otro lado del cristal: los brillantes soles prisioneros colgados de los troncos y una gran zanja o barranco como el lecho de un ahogado río o como si se hubiera abierto la tierra y las cuevas. Nada me asombra demasiado. Todo lo que veo son cosas que he visto aparecer antes, cosas seguras, una ciudad semejante—u opuesta—que ha tenido que existir, que renacer, mientras observo a la mujer

morena. De golpe me doy cuenta de que estoy observándola largamente, aquí, ahora en la plataforma del autobús. Me descubro en este mundo conocido y tedioso al que estoy volviendo, cada segundo con más claridad en mis ojos. Lo que observo de la mujer no son párpados, sino signos de párpados, signos de manos—ni siquiera remotas huellas de manos marcadas sobre la pared de una cueva—signos de delgados tobillos y largos muslos. Son excitantes signos, pero no me satisfacen por completo. Tal vez la mujer subiera al autobús en la parada anterior a la mía. Es imposible que venga de más lejos, que viva en los apiñados sórdidos barrios que hay alrededor de la calle de López de Hoyos, llenos de gritos y de rostros lívidos de gentes que se aglomeran en el borde de las estrechas aceras o se asoman como animales asustados e indefensos a las sucias bocacalles.

Necesito mucho acercarme de nuevo a la mujer y tocarla, pero no tengo valor para hacerlo. Rodamos bajo el cielo oscuro del atardecer, entre hileras lentas de autos y danzantes perfiles de casas. Noto que la mujer—una refinada sonrisa en la parte cortada de su rostro—se abre paso entre los viajeros, dirigiéndose ella a la salida. Tengo que seguirla. Inevitablemente tengo que seguirla. Temo si no quedarme perdido y solo en este viaje, en este cerrado espacio en absurdo movimiento, sin poder huir nunca. Voy detrás de ella por el pasillo del autobús, como si detrás de nosotros se hiciera el vacío y no quedara nada.

Miro a mi alrededor y la gente no parece sentir tanto frío. Meto mis manos yertas en los bolsillos de la gabardina, mientras avanzo todavía por el pasillo del autobús. He de retrasar el ansia, la premura de mis ligeros pasos.

Sí, es un mundo inevitable. Respiro—abiertas y temblorosas las aletas de mi nariz—la sequedad del aire, el aire de la estepa, pero cargado de un humo sofocante. Tengo que cambiarme de acera para disimular mi persecución. Sin embargo, continuo rozando con mis ojos el perfil donde está la honda marca rojiza—de tan obvia semejanza—que desencadena en mi corazón un sordo deseo. Voy haciendo guiños incontrolados de alegría. Me es fácil darme cuenta después de que los hago. Sé que en ocasiones aparecen en mí estos gestos mientras imparto mis clases en la Facultad. Tengo que saber quién soy, que cobrar conciencia de mi respetable profesión. Tengo que saberlo para poder controlarme. Aunque ahora nada más que el ansia de alcanzar el rostro rajado—la vulva rojiza de la cicatriz—imprime velocidad a mi marcha. Adelanto a personas que ni siquiera me detengo a mirar. Voy ya pegado a las verjas duras y frías del Museo. Hay un jardín entre lo oscuro, con estatuas blancas y árboles deshojados. Miro hacia el jardín, tras los barrotes. Miro para separar mi deseo del cuerpo de la mujer de la cicatriz.

Hago huir mi mirada entre los árboles invernales ahogados entre las edificaciones del Museo y las estatuas. He leído cien veces el letrero que hay en el jardín: anuncia una reproducción subterránea de las cuevas y pinturas paleolíticas de Altamira. Lo estoy repitiendo en mi corta memoria de profesor en celo. Es el anuncio lanzado atrás decenas de miles de años lo que hace retemblar de risa mis tensas patas, como a ciego bisonte perseguido, mugiendo roncamente entre los autos.

Desde el cielo está vaciándose toda la luz sobre la tierra. Está cayendo la inmensa fulgurante claridad. Se vierte sin parar—como un derrumbamiento de tierras ardiendo—esa luz, sobre las rocas, sobre el agua endurecida, sobre las montañas vivas llenas de gritos de animales y de ecos de gritos de animales, que quedan resonando para siempre. Hasta la muerte. «Porque todo morirá menos yo. Yo no, no, no, no, no, no.»

«Ella tampoco debe morir.» Pero no quiero pensar ahora. No quiero pensar en ella ni en nada ahora. Tengo que taparme los ojos con las manos. Tengo que cerrar luego los ojos enrojecidos, cegados por la luz diurna. Ojos escapados del fondo, de lo oscuro de la caverna. Ojos irritados por el trabajo junto al fuego, por el polvo provocado al raspar con el buril de piedra las rugosas paredes, por el humo de la derretida grasa viva del animal mezclada con la tierra, mezcla que ha sido el comienzo de la caza verdadera. Ha comenzado la caza con esa terrible ansia y concreto deseo. Yo lo quiero. Yo. He comenzado—yo, el hombre que sabe—por apelmazar los colores, la grasa hirviente del animal vivo, la materia, la sangre, sobre los salientes relieves de la pared de la cueva, acariciando yo los relieves, ya formando pechos, piernas y redondos calientes vientres de animales poseídos, animales vivos moviéndose por fuera, temblando, respirando, amontonados en el angosto espacio oscuro de la caverna. Palpitan los animales con la llama de la antorcha, jadean abriendo sus narices y pretendiendo huir inútilmente. Ha comenzado así, como en un sueño verdadero. «Son míos, toda su carne es nuestra»—rezo. Tengo los cuasianimales, efigies vivas ya, en el comienzo del acto de la caza, en la caza que la mujer que sabe acecha a mi lado. «Ya». Veo chispear su sonrisa entre las llamas. «Ya van a ser nuestros»—dice ella con los ojos manchados de rojo fuego. Veo el cuerpo de ella y su rostro construidos de trozos de rápidos reflejos y cicatrices. Poseo palabras para nombrar los animales todos, todas sus partes y movimientos. Palabras para cada trozo, cada palpitación, cada gesto sutil, y conozco modos de verbos sin número, para expresar todos los deseos de cazar, sospechas, todas las acciones desde todas las posturas—¿cómo puede uno emplear el mismo verbo para mirar a una cierva o a un bisonte ciego, o para gritar acostado en sueños o mientras

cazas o en la ferocidad de la lucha?—verbos para todas las horas, alabanzas, miedos, sobre todo los miles de miedos. Sé todos los escorzos y formas, para señalarlos a los jóvenes o a los niños, que todavía no pueden representar lo que ven, que no saben sino pintar lo que piensan o temen. «Atención»—les decimos—. «Atención». Pero han de aprender a sentir lo verdadero todos los miembros del grupo. Por eso me dirijo a la mujer que sabe, y le señalo la pintura casi terminada en la pared de la cueva: «Mira aquí las bestias huecas, pero cuasi vivas. Están huecas como lo está la llama. Nada arde en su corazón de gases, pero el fuego está por fuera vivo y es verdadero»—le digo—. «Mira ahí las bestias huecas y vivas que andan buscando su carne.» Así gritan ahora, están gritando todos los cazadores, repitiéndolo, repitiéndolo, hasta quedar roncos. Y las montañas vivas, sobre las que se vacía la luz del sol y las auroras boreales, tiemblan de gritos calientes. He comenzado así yo antes que nadie la caza. Yo. Yo. Yo. Yo. He comenzado así...

... He comenzado así. Entienden ustedes, me refiero al artista o mago o hechicero, la magia real. Sospechar que porque un pueblo no tiene una tecnología o una industria desarrollada o mejor dicho extensiva, no posee un lenguaje rico, me parece—con perdón— una estupidez. Pero, sí, hay que hablar de la magia de la caza real, no como nebulosos orígenes sino como labor que repetimos cada día en nuestras demarcaciones. Los pequeños espacios, los techos bajísimos—casi hay que andar a gatas—la aglomeración de los animales, que me diga, de las pinturas, nos indica que no se trata en modo alguno de una decoración. Pero ¿quiénes eran aquellos hombres, tan distintos a los hombres del neolítico y a nosotros mismos? ¿O no? El hombre y la mujer que saben la magia son dos más entre el grupo, entre la horda de cazadores profesionales. Los artistas son allí, más que en ninguna otra ciudad, cazadores que tienden la trampa de la magia saltando sobre un abismo que va del tiempo—esa inmensa y fulgurante claridad y desnudez de fuego del mundo exterior—¿o qué otra cosa es el tiempo? desde el tiempo, he dicho, al deseo... me encuentro entonces siempre con los ojos de la chica que se sienta en la primera fila y no puedo evitar su sonrisa, la sonrisa reflejo de mi locuacidad, ya lo sé... Se trata, repito, de unos cazadores que anticipan lo deseado—ni más ni menos—que sobre todo conocen cada parte, cada palpitación, cada gesto sutil del animal, cada pedazo—imaginemos que jerárquicamente distribuido: cuello a ti y entrañas calientes a mí—pero distribuido para sustento, para llenar el vacío del estómago: el ansia de seguir viviendo en un mundo donde todo es concreto, terrible y verdadero. ¿O es de otra manera el mundo? Algo más terrible que el más terrible sueño o pesadilla, dirán ustedes. Imagino—perdónenme—que ya han leído ustedes ¿por qué

casi nadie ha traído hoy el libro a clase?, que nada había menos simbólico que esta acción paleolítica de arte o caza, que esta acción objetiva, tan del mundo empírico, sensorial y concreta como un hecho más o como el bocado de un agilciervo o ciegobisonte. ¿O es el concepto que aparece en los textos de lo que es simbólico, un concepto muy pobre? Ríanse si quieren. El hombre que ha deseado poseer ha poseído así, mágicamente, como el joven que se guarda en el bolsillo la fotografía de su... Tina agitando al reír su ola negra de pelo, claro que puedes venir al cubículo cuando quieras, mientras miro tu frontalidad, pienso en tu frontalidad mostrada en esas ceñidas ropas, y puedes echarte en la mesa abriendo lo que den de sí tus largas piernas perfumadas... Repito que cabe preguntarse quiénes eran esos primitivos cazadores y pintores, pero ya la pregunta debe de ir seguida de una actuación. Yo. Yo. Tengo que mirar al cielo de nuevo con mis enrojecidos ojos, un tremendo cielo que sigue abierto, fulgurante, escrito de gritos de animales temblorosos de roja carne y apetitosas entrañas. Digo que tengo que mirar yo, yo y los cazadores. No animales humanos paralizados mirando con estupor a la muerte—me quedo mirando fijamente a un punto de la clase, a la cabeza del más idiota de los muchachos y paseo mi mirada por todos los estudiantes—no animales paralizados, sino nosotros. O yo, el cazador-mago. El cielo es la luz y es la noche y abajo la cueva-ciudad habitada durante generaciones, tal vez no por menos tiempo que las ciudades de los hombres considerados sedentarios, ciudades-granjas o ciudades-cárceles. La de los cazadores es la primera ciudad donde es posible caminar, aunque a ratos sea a gatas, caminar buscando una trayectoria humana, sin miedo a encontrarse con algo más terrible que un leve desorden... No me siguen ya, noto que no me siguen. Claro, permítanme preguntarles: ¿Transcurridos milenios fueron solamente los cambios en la domesticidad y el cultivo los que propiciaron la aparición de los hombres de las realidades abstractas? ¿O no es todo convención?... Me refiero al concepto de símbolo, claro...

... el cielo es la luz y es la noche y abajo esta ciudad por la que camino entre coches, gentes que van y vienen, que a veces me parecen ustedes, ustedes mismos los estudiantes más viejos o más encumbrados. Pero ¿qué fue de los cazadores paleolíticos, de lo que ellos sabían sobre la vida y de lo que habían aprendido a dominar y expresar? Soy yo el único cazador buscando a esa presa-mujer de otra tribu, en toda esta enorme ciudad llamada Madrid? No tengo más remedio—sonriamos—que volver a la imagen de la tierra y de las eras geológicas, que es una sucesión de imágenes. Probada la rapidez de una gladiación, la terrible rapidez de una gladiación—pues es seguro que estamos en el período más cálido de una era interglacial—sepan que en el estómago de un

mamut, no es un chiste político sino un tópico muy repetido—un mamut encontrado casi intacto en estado de congelación—se hallaron hierbas, vegetales correspondientes a otros climas más templados, como si se hubiera comido las plantas tropicales del portal de una vivienda de ricos o de un invernadero. La congelación, pues, que alcanzó al gigantesco elefante tuvo que ser muy rápida, aterradoramente rápida. Quiero asustarles a ustedes. Imaginen las lenguas inmensas de hielo avanzando brillantes, deslizándose, duras, más concretas aun que los hombres de la primera ciudad—más concretas que los cazadores o que yo mismo—aprisionadoras de toda la vida planetaria. No sólo debe imaginar a todos los socialistas suecos corriendo hacia el Sur del mundo, sino también nuestras particulares hispánicas gladiaciones—como cuando alcanzaron al mamut y al hombre—nuestras gladiaciones a partir de las perpetuas nieves y mordeduras glaciales de nuestras montañas—les permito si quieren buscar algún símil político con tal que sea contra los asesinos fascistas que quieren disfrazarse ahora—, pero no voy a salirme del tema... decía de las mordeduras glaciales de nuestras montañas, descendiendo como galopante gangrena desde—por ejemplo—la Llaga del Fraile, ¿no se ríen ante semejante nombre realista o simbólico?, ¿no piensan ya nunca en Franco?, en la cordillera central, invadiendo las llanuras, la estepa y las ciudades. Corred, corramos todos hacia el Sur, más al sur, más al sur..., cosa que me hace pensar que voy casi tiritando de frío, mientras me cruzo con la gente que a lo mejor tiembla porque siente avanzar, crecer, implacable, la hoz de hielo desde la mística. Llaga del Fraile—el antiguo glaciar ibérico—y mientras veo dos pequeñas monjas lechosas, enlutadas, que adelantan ahora a la mujer de la cicatriz. La adelantan y vuelven sus perfiles para mirarla. Noto los sendos gestos de las monjas, la pareja de caras iguales, las expresiones de confidencia, como si quisieran avisar urgentemente de mi persecución a la mujer que tiene la fascinante vulva en la cara.

... He de disimular mejor. Además me da vergüenza, sobre todo porque ni la mujer ni nadie sabe todavía quién soy, cuáles son mis verdaderos motivos e intenciones. ¿Quién parezco? Va prefigurándose el enigma. Va surgiendo no sé si más clara mi oculta personalidad, pero desde luego una risa en mi rostro y en mi boca. Es una risa más fuerte que mi casi inventada ansia y el miedo que quiero ahogar. Me tapo la boca con las manos, porque me da más gana de reír mi pertinaz machismo que la charla que dirijo a mis invisibles estudiantes, la charla que nadie escucha. Me da más risa verme reflejado en el cristal de algún escaparate de la calle, mi imagen resbalando por un espejo, detrás de un decorado lujoso y falso de muebles que quieren parecer antiguos y alfombras con dibujos orientales. Me acuerdo reveladoramente de que es-

toy en Madrid, y me viene a la memoria la letra de aquella canción popular al respecto: «Es el chulo que castiga—del Portillo a la Arganzuela—porque no hay una chicuela—que no quiera ser amiga...»—canto, casi en alta voz. Menos mal que todavía estoy lejos de la mujer y acorto el paso más aún. Mientras tiemblo de frío me conformo un rato con esta figuración del sexo saltando a la cara de ella, que—poéticamente, lo digo riendo—transformo en la emoción del lento y rasante vuelo de un pequeño pájaro oscuro de pico escarlata que se para en el rostro de la mujer.

Me gusta repetir dentro de mí esta imagen, con la certidumbre de un convicto: la prefloración de algún momento esplendoroso y aliviador, echado el cuerpo de la estudiante ¿es ella Tina? sobre la estrecha mesa del despacho, abierta de piernas, allí. Entraba una cortante y dura claridad por las rendijas de la puerta y de las ventanas, cerradas por dentro para evitarnos sorpresa. «Quédate así»—le dije—. «Gozo mucho»—dijo ella—. Pero aquello no me parece nada concreto o real, nada que me lleve a la magia de tener algo verdadero y sangrante o palpitando en mi mano, sino algo como un pensamiento repetido o como las caras planas de los estudiantes, que se esfuman cada año y luego no sabes a qué curso correspondieron. Está latiéndome todo el cuerpo fuertemente, lo noto latir debajo de las ropas, cuando me meto las manos en el bolsillo de la gabardina. Pero no es por el recuerdo de aquel amor devorado sobre la mesita del despacho. Lo que me inquieta es la persecución de la mujer de la cicatriz.

Descubro también en el Paseo del Prado—ya estamos aquí—árboles de otras latitudes. Sin duda, que voy acostumbrándome al deseo, al crecimiento cad vez más modificado y quizá grotesco del deseo. Porque ¿es verdaderamente una vulva abierta lo que ella tiene en la cara? ¿Una vulva en posición casi vertical? Me daría otra vez risa si no fuera porque sé que es importante haber seguido a esta mujer, estar ahora persiguiéndola por las calles vulgares de la ciudad. Sobre todo se me antoja que fue muy importante aquel reprimido primer contacto carnal mío—me parece ahora algo que ocurrió hace mucho tiempo, en un misterioso mundo que se abría de golpe ante mi vida—cuando avancé en la plataforma del autobús, hasta aplastarme contra el cuerpo alto, esbelto. Pasamos—lo recuerdo—así muchísimo tiempo. Ella no se apartó. Pasamos así un tiempo imposible de medir con los relojes normales con que medimos los hombres las cosas cotidianas y sin valor. Ella tuvo que sentir el golpe, la presión contenida de mi pene y mi vientre. Luego estuvimos deteniendo todos los movimientos de nuestros cuerpos, salvo las autónomas contracciones y golpes de la sangre, como en los animales recién cazados y vivos aún. Incluso ahora, de lejos, descubro la to-

talidad de las piernas ágiles de la mujer, sus caderas, sus pechos. Vuela un instante su falda abierta, desabrochados los botones del aterciopelado abrigo suave como la piel de los muslos que me gustaría inmovilizar un instante entre mis manos. Veo aún, evoco aún, el reflejo fragmentado en la ventanilla del autobús: las calientes contracciones, la rojiza cicatriz y los pedazos dispersos de gestos integrándose en la cara magnífica de la mujer. Noto aún el calor quieto y tibio de su cuerpo sin vellos, desnudo y blanco—de seguro—debajo de sus íntimas delicadas ropas. Pero al mismo tiempo me ahoga una inmensa ausencia, una ansiedad terrible.

Es esa ansiedad y esa ausencia lo que me hace seguirla aún, mientras me pregunto de dónde venía yo, de qué magnífica quietud de agua verde, estancada, cuando me encontré a la mujer en el autobús municipal. Como un cazador sé que toda mi persecución es el preámbulo de un gran acontecimiento, toda la historia de mi persecución me parece un cifrado lenguaje que yo repito y hablo, pero que es muy anterior a mí, un lenguaje como aprendido por otros seres. Son palabras y signos que de veras no alcanzo a entender. ¿Hay en la cueva del Castillo una pintura así? Una forma de escritura todavía no descifrada hecha con puntos y rayas de color rojo ocre desteñido por el tiempo, puntos o marcas de utensilios y dedos de hace miles de siglos, formando líneas y figuras. Pero a lo mejor todo es una extravagancia mía, una chifladura de profesor. Desde hace un poco tiempo—es la verdad—vienen ocurriéndome cosas extravagantes, desordenadas, dominándome sensaciones, que un policía español llamaría, primero que nada, antifranquismo.

Sobre todo, desde que Franco murió tengo estos repentes y me lanzo desencajado a la calle. Son como sacudidas eléctricas, prontos que he de controlar, sea como sea, lo comprendo. No hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre esta gente que nos gobierna porque sí. Lo sé todo, pero cuando me dan estas sacudidas tengo que echarme a la calle, a la limpidez luminosa y dura de las calles por la mañana. A veces aún ando medio despierto, aún duermen mis ojos un poco tiempo y voy despertándome en pedazos. Pienso que también suele pasarles a mis estudiantes, por eso—tal vez—no traen los libros a clase—ni el Hauser siquiera—y andan distraídos y se sientan con desasosiego en el borde de las sillas. Es como si andando tanto entre jóvenes tuviera yo el contagio de la juventud. Pero no voy a comprometerme así como así. Prefiero ir yo solo, aunque me acerque a las manifestaciones convocadas en el centro de Madrid, que casi siempre son prohibidas por las autoridades. Me agrupo entre los obreros o gente desconocida. Prefiero correr entre ellos, bajo la claridad fría, desnuda, fulgurante, que cae por las mañanas sobre las calles, como en las primeras épocas de la prehistoria del lejano paleolítico. «Canallas». «Asesinos». «Fascistas». «Viva la libertad». «Viva

la amnistía y la libertad para todos los hombres»—grito—. Creo que llevaba yo mucho tiempo esperando, desde mi niñez, y que lanzándome ahora—tras la muerte del dictador—de esta manera al mundo voy a tener la revelación más importante de mi vida, el descubrimiento del asombroso desesperado origen nuestro, voy a saber del silencio de la locura de los primeros hombres, los que todavía no tenían voz ni palabras, la primera realidad de la huella de una mano abierta marcada por alguien en la pared de una caverna, tal vez marcada con la más premeditada y maligna idea, pero después perdida en la desamparada penumbra de los tiempos.

No es posible saber cuántos siglos de resentimiento o de angustia se queman en mí, me muerden de pronto, como sarna, después de una lentísima espera. Estoy yo niño ¿qué año de mi vida? agazapado, temeroso pero acechando, en un rincón oscuro del comedor de mi casa que huele a un ramo de claveles viejos, apenas visibles sobre la gran mesa tan alta como yo. ¿Por qué estoy temblando en la penumbra y sueño o temo a feroces animales que nunca he visto? La presencia como de sangre negra y olorosa de los claveles es sólo un momentáneo alivio. En seguida me gana otra vez el miedo, me atenaza la carne y los huesos, el hueco doloroso del tuétano de los huesos de las piernas.

Estoy echado en las baldosas frías del suelo. Todo el mundo en que vivo queda a la espera, indefenso por muchísimo tiempo y entre muchísima angustia, y guarda siempre un misterio tembloroso e insondable. Es lo único que sé. ¿O tal vez sé mucho más y nunca querré recordarlo? Hay entonces un momento marcado, indeleble para siempre, escrito posiblemente por el temor que tengo a que nunca vuelva a hacerse la luz, a que yo y todos los míos hayamos naufragado para siempre en esta oscuridad. Puede que sea sólo eso, pero de lo informe surge la huella real y sangrante de una palma abierta de mano marcada en la pared. Nada misterioso o simbólico, sino la huella misma de una mano verdadera. ¿Qué criatura de cinco dedos la marcó? No voy a saberlo mientras dure esta oscuridad. No puedo recordar dónde he visto antes la huella, tal vez—estudiado desde mi yo adulto—la viera marcada en la pared sucia de un refugio antiaéreo, grabada por muchachos o gentes que quisieran dar así constancia de su identidad y presencia efectiva, o tal vez la descubriera otro día de la memoria cuando me despierto mojado en la cama, en medio de la fiebre, reencontrándome en dos cuerpos sudorosos. ¿Es ella mi madre? ¿Soy realmente yo la hechura de esa mujer rubia y nerviosa? ¿O soy una doble criatura jadeante (niño-mujer) sin fuerzas para andar? ¿Es mi padre ese hombre gordo que recorta fotografías de Adolfo Hitler y habla del arma secreta que tienen los alemanes preparada?

Me pesan los ojos, los párpados, hasta caer en esta oscuridad, en este presente tan verdadero—que hasta puedo verificarlo ahora mientras persigo a la mujer de la cicatriz en la cara—tan verdadero que lo siento encima, bien es verdad que hecho sólo de palabras, pero ¿qué otra cosa tenemos? Siento aún los ruidos del viento en el montante del pasillo, los temblores de gotas que resuenan en la pila de la cocina, y otras sensaciones como manchas de ruidos que no distingo de dónde vienen aunque empapan las paredes como la pintura, o la mezcla de tierra y sangre y grasa de animales casi vivos, como la marca de la palma sangrienta de la mano abierta. Oigo algún reloj que conozco, mi pulso frío en las sienes, golpecitos que atraviesan indescifrables el nombre gracioso de las cosas. ¿Qué temo mientras estoy de rodillas en el suelo de la habitación? ¿Dónde de veras estoy?

Siento frío, aunque las flores mustias dicen que debe ser verano o primavera. ¿Pero hay veranos y primaveras? Voy arrastrándome por el suelo del comedor penumbroso y ya completamente oscuro, hasta llegar a la ventana, hasta poner mi frente en el helado vidrio de la ventana y noto que resbalan mis lágrimas hasta rodar por dentro del cuello de mi camisa. Afuera se ven las casas oscuras, tenebrosas, y la calle gris azulada que se extiende interminable. ¿Terminará en el mar? ¿Se desvanecerá en el mar atractivo e irresistible que voy a ver alguna vez? Aún puedo leer—tal vez mucho después—el rótulo sobre el escaparate de la almoneda: Viuda de Mao. Y adivinar el confuso montón de objetos viejos y muertos, como podridos en lo hondo. La cara de una mujer se asoma a la puerta de la tienda, como manchada de rayas y tajos de sombras. ¿Cómo es posible que este nombre Mao, colocado sobre la puerta de una pobre almoneda madrileña, cobre después tanta importancia en la historia de todos nosotros? Quiero creer que se trata nada más de una mujer esperando la llegada del fluido eléctrico que suministran sólo de noche a la ciudad. Todo debía parecerme normal y lógico, pero me doy cuenta de que también para los mayores es insoportable esta espera. Los espío desde la ventana. Poco a poco las personas, como sombras, van parándose en la calle y quedan juntas en confuso espanto, tal vez aguantándose como yo la respiración, sin atreverse a mirar atrás como yo no me atrevo a mirar donde sé que sigue esa sucia huella de mano.

Se agrupa la gente—los ojos asomando hacia el cielo negro—en los tristes y muertos portales, y hasta, aguzando los ojos, descubro que el café modesto de la esquina sigue repleto de cuerpos silenciosos. Sí, todo queda indefenso por muchísimo tiempo y entre muchísima angustia. Hasta que llega la luz de golpe.

Estalla la luz eléctrica con el vocerío de toda la ciudad, como si

acabara alguien de inventar la luz y la vieran por primera vez. Todo el mundo grita durante un gran rato. No pienso que pueda existir ningún alivio mayor que gritar, lanzar gritos hirientes haciendo retemblar los muros, las paredes duras, la realidad concreta de los edificios y las calles.

Por eso voy a las manifestaciones, tengo que saltar hacia el exterior de la vida buscando ese fogonazo de la luz, mirando ese cielo desde el que está vaciándose la inmensa fulgurante claridad—que me sé tanto—sobre la tierra. Aunque pase miedo, voy. Troto sin descanso de punta a punta las calles, sin pararme ni un segundo. Sólo a ratos tengo la impresión—eso también es cierto—de que van a caérseme los pantalones como de chico me pasaba, de que se me van a bajar los pantalones en plena soñada carrera hasta trabárseme en los tobillos. Pero se me pasa la impresión con sujetarme los pantalones por la cintura, o me uno al grupo más compacto y organizado de gente—antes de que los policías lancen las bombas de gases—y me oculto entre el bosque de los sudorosos cuerpos tan vivos. Y todos nos ponemos a gritar. Y me parece que, de verdad, muchos nos sentimos como niños.

Así es como viene hasta mí otra escena—se derrumba sobre mí—otra vez ese gran comedor de mi casa. La mesa ovalada, la colgada lámpara de cairelés de cristal que suenan cuando cruza una corriente de aire seco y caliente desde la ventana abierta. Hay una rayada claridad amarilla entre las celosías de la persiana, y el olor de las especias ¿hierbabuena? Mi padre sentado a la cabecera y yo a su izquierda, y mi madre todavía un instante de pie—de puntillas—terminando de colocar la sopera llena hasta el borde. Mi padre ¿oye lo que estoy pensando de él? sirve primero a mi madre, que hace en seguida un gesto de cansancio (igual a como la recuerdo muerta: contraída su boca y sus ojos medio cerrados). La veo, parados todos los sonidos y palabras. Después se sirve él mismo, copiosamente, y deja el cucharón con el rabo apuntando hacia mi mano derecha, como si fuera mi padre quien me señalara con su dedo índice, como si la señal llegara al hueco donde estoy siempre escondiéndome quebrándose mi cuerpo de miedo, robando yo traidoramente el espacio de alguien, de mi padre y de mi madre. Sobre el mármol veteado del aparador está doblado el periódico que viene hasta mis ojos con grandes titulares negros. Es mi padre quien habla, hostil siempre, como si hablara contra mí, hinchando su cuello, y con voz como si estuviera leyendo el periódico. «El hombre es portador de valores eternos»—dice—. Se engorda su pescuezo como un globo, se hincha, y entonces yo pienso—no puedo evitarlo—pienso en algún hombrecillo portador portando una pesada maleta enorme, llena con esos valores eternos. Afirmo con la cabeza, sin sonreírme apenas, ocultando mi miedo. Entorno

los ojos para seguir escuchando a través de los párpados y la fulguración casi sólida de la luz del sol. «La patria es una unidad de destinos en lo universal»—dice mi padre, que crece más y más sobre el tablero de la mesa—. Ni siquiera podrá él mirar mi sonrisa, vernos a mi madre y a mí sentados correctamente, como esclavos de algo, en un gran reino, erguidos ligeramente los torsos, con gestos parados. ¿Recuerdo el bajo relieve de alguna estela funeraria? ¿Qué amalgama de sangres anteriores a la historia reencarnaron en mi padre? ¿Y en mí? ¿Y en mi madre? ¿Desde qué valores eternos o unidad de destinos habrá reencarnado él? Me río. Me río solo, como un tonto. No hay modo de parar la contracción de mi boca.

Aparece después disuelta la escena en esa enorme luz, naufragada la escena en un aire seco, imposible de olvidar. Unicamente veo a mi padre hablando, señalándome con el dedo índice correoso. Veo sus abollados ojos verdes, la cara grande, aplastada de pronto. Se avalanza de golpe sobre mí, gritando energuménico, su áspera erizada barba a medio crecer, sucia, contra mis mejillas blandas de niño. Me pincha la barba. Noto el golpe del aliento del tabaco negro, revuelto con mi miedo, cayéndole desde la boca, como mis ganas incontenibles de vomitar. Y es así como veo incorporarse a mi madre, no desde la mesa del comedor, sino desde su lecho de muerte, su tersa cara marfileña ajena a los murmullos y rezos naciendo del cuarto próximo y de todos los pasillos de la casa, atestados cuartos y pasillos con gentes desconocidas. La veo incorporarse en el lecho del cuarto mortuorio helado, en el cuarto con las ventanas abiertas para que amainara el calor de la calefacción junto al cadáver. Y oigo la voz espectral y suave, casi indecisa, diciendo: «No puedes estar tan distraído cuando te habla tu padre».

Son las cosas más concretas, ya lo veo, las que—al mismo tiempo—me hacen reír. No paro de reír, incluso recordándolo, o recordando mis recuerdos. Hasta me río solo, por en medio de la calle, mientras persigo a la mujer de la vulva en la cara, en este acontecimiento puro de seguirla, de alcanzarla y capturarla, capturarla porque intuyo que ella sabe más que yo y que podrá ayudarme en la magia de conjurar y traer a mis manos los seres y las cosas más vivas del mundo. No podría rebajarme a explicárselo mejor a los estudiantes de mi clase.

... ¿Entienden? Les he hablado de la eclosión de las formas—tierras, luces, montañas, animales vivos—al emerger los ojos de la oscuridad. Nada más lejos del tremendismo, del tremendismo de la lengua. ¿No es también la eclosión de las formas, de las formas que los drogadictos llaman miméticas, la primera abstracción? Tengo que empinarme, que asomarme desde mis párpados para ver si son ustedes las mismas caras desbaratadas. ¿De qué curso son? No podré cazar nunca a

una muchacha verdadera. Se les oye a ustedes igualmente sorberse las narices. Estamos pisando el mismo suelo, filtrando, respirando aire del mismo espacio, ¿comprenden?, donde estuvieron las narices del hombre paleolítico que andaba a la caza de algo vivo. Lo necesitaba mucho, porque tenía hambre. ¿No sé si está claro? Imaginen: Todos ustedes habrán sentido una vez al menos ese vértigo suicida que hace pensar que al matarse, sin darle desde luego mayor imporatncia que cuando se toma un autobús municipal, va uno a llegar a alguna parte donde alguien está esperándole, que tiene uno que llegar así, matándose, resolver así esta inerte ansia. No se escandalicen...

... y piensen en cosas agradables si pueden. No supongan que estoy haciendo propaganda del suicidio como de una marca de cigarrillos americanos. Sólo se trata de un ansia que hay que vencer, de una angustia, de un afán por salir de esta parálisis. ¿Me explico? De un ansia legítima y sana también por salir de este rincón terrenal costumbrista donde nos meten. Así empieza el deseo de sorprender las cosas concretas, la magia de la caza real, repito. Tenemos que poseer esa concreción, esa realidad tangible, mediante una magia. El lugar de la cita es un nivel vital donde realmente nos encontremos con la realidad más real, por decirlo así. ¿Por qué no vamos a entender la curación que supone este primitivo paso de la magia? Todo mi ímpetu y mi audacia están en esta ansia mía de poseer algo más estable y concreto que lo que tengo. Tengo que liberar mis manos agarrotadas que tiemblan, Tina, ¿eres tú Tina, la estudiante?, cuando acaricio tus pechos hasta arañarte. Por eso voy detrás de esta otra mujer de la cicatriz. No es sólo un asunto del paleolítico. Sin la vida, sin su savia, la tierra se queda en baldío. Escribiendo todos nosotros sobre esta locura de mi caza obsesiva vamos a hacer un exorcismo. ¿O creen ustedes que la imagen obliga a la desaparición del mundo? Es una imbecilidad con la que quieren drogarnos. No es ése mi camino. Vean, miren, escudriñen con los ojos detrás de la gente, ¿qué encuentran sino la nada?... Veo los automóviles, las náuseas que son trozos de deseos, delante de los semáforos, hombres que cruzan solemnemente la calle, sin fijarse ellos siquiera en la vulva de la mujer en la cara. Veo todo eso. Pero no poseo ni siquiera esas cosas fugaces. Quizá la ilusión del suicida hipotético que cree llegar a donde le esperan, sea poder paralizar, detener, conseguir la repetición real, poseer sólo para él, alguna cosa menos fugaz, algo que haga nido eterno en sus pobres sesos, algo fijado paradógicamente en la muerte.

El suicidio o el asesinato, ¿me entienden? ¿Qué palabras estará deseando escuchar la perseguida mujer, antes que yo la destruya? Pero no podemos fijar tampoco nada con el suicidio o con la muerte, porque el estado menos fijo de todos—observen, señores y señoritas, la rapi-

dez con que se pudre un cadáver sin refrigerar—sea precisamente estar —estudien la gracia del verbo estar—muerto. Mas si no se aburren tanto como yo, volvamos a la vida y a ese vehículo capaz de iniciar la magia. Yo he adelantado bastante esta dirección. Tengo pasión demostrado esta noche por seguir este juego. Como Dostoyesvki, me he acostumbrado a jugarlo todo a una sola carta. Aunque ni sé el nombre de pila de la mujer de la cicatriz. Pero me he aprendido bien en esta persecución cada movimiento, cada escorzo, cada dimensión de su cuerpo. Puedo escribirle, enviarle una carta en la que defina exactamente, en el sobre, la forma del cuerpo, la longitud y anchura de la vulva plantada en la cara. Cualquier torpe cartero encontraría a la mujer. La describiré, señalando todas sus partes, y enviaré esa carta. Será un paso más para poseerla. Sin embargo, no sé en verdad qué voy a decirle. Lo mejor, por tanto—estoy seguro de esto—, sería que no mediaran ni siquiera palabras, estas gastadas palabras que empleo. Lo mejor es seguir acercándome entre lo oscuro, saltar sobre ella en el instante más propicio.

Veo danzar su largo cuerpo entre las difusas luces. Veo a la mujer caminar decidida, sorteando troncos de árboles fríos sembrados entre el asfalto, y apenas vislumbrando siluetas de gentes que pasan ajenas a nuestra marcha, como ignorarían una violación brutal o un asesinato, algo terrible que ni siquiera puede ocurrir. Juraría que la mujer ha vuelto la cara, antes, pero no se ha asustado. He sentido que sus ojos me atravesaban, como si mi cuerpo fuera transparente y helado o yo no existiera. Se me hace de veras raro, porque voy alegre, casi saltando de contento, como si oyera yo repicar campanas algún lejano día festivo. Hago intenciones concretas de alcanzarla, pero ella no se da por enterada, sólo vuelve a mirarme así, con esos ojos fríos. ¿Quién es esta mujer que nada teme? ¿Esta mujer que no puedo matar? Me siento aún arrastrado por las oscilaciones jóvenes de sus caderas, de sus largas piernas que caminan seguras como si supieran hacia qué infinito se dirigen, cuando veo que entra en el portal de una casa elegante.

«Eh, eh, eh, eh»—grito roncamente, con la garganta rota por el frío.

Hay lámparas encendidas y espejos: una dura iluminación blanca llenando todo el cóncavo espacio, como prisionera la luz, estancada aquí para siempre. Llego con tiempo de ver subir a la mujer por una breve escalinata de mármol blanco, hasta la puerta del ascensor, donde un portero de librea azul le abre la puerta, haciendo una reverencia como la que haría el chimpancé de un circo.

Desde la entrada estoy mirando el escenario: blancos escalones en división áurea, luces de esmeriladas lámparas, espejos a ambos lados que reflejan parejas de molduras, guirnaldas y, viejísimas—olvidadas por

mi y vueltas al pensamiento—, infinidad de quietas figuras rituales y alucinantes, formas exactas repetidas a izquierda y derecha, a lo largo de este estancado espacio y tiempo, idénticas simétricas cicatrices, formas emparejadas de alas de pájaros o mariposas o grandes insectos petrificados y de hielo que—detenidos mis ojos—veo transformarse en pies de mujer o en pechos opulentos o en desnudos cuerpos también doblemente falseados y enigmáticos, sombras que—lo sé por experiencia—nunca puedo poseer.

Por eso me quedo al acecho, apoyado en la jamba del portal. «Voy a aguardar hasta tenerte»—digo, y me río, me río mucho rato, mientras mi risa va quedándose rígida por el frío y la noche.

ANTONIO FERRES

Pintor Ribera, 3, 7.º B
MADRID-16